El refranero ranchero de *Las tierras flacas* de Agustín Yáñez[1]

Herón PÉREZ MARTÍNEZ
El Colegio de Michoacán (Zamora, México)

LA NARRATIVA DE YÁÑEZ

La narrativa rural del siglo XX mexicano consistente en historias, novelas, cuentos y, en general relatos, está habitada por gente apegada a la tierra, gente de rancho. Gente, a saber, cuya vida no sólo se desarrolla en un ambiente rural sino que todas sus configuraciones culturales pasan por un tamiz que, de una manera o de otra, gira en torno a la tierra con todo lo que la rodea y la implica: las esperanzas y los fracasos, las siembras y las cosechas, la flora y la fauna, el clima y sus inclemencias, la intemperie y su cultura, la enfermedad y sus vaivenes. Gente aislada, oprimida hasta por sus rígidas normas morales y desde luego por sus esclerotizadas instituciones socioeconómicas; gente para la que hasta el amor, aun el legitimado por la bendición nupcial, es vivido como un estigma que avergüenza a quien lo padece. La gente que puebla esta narrativa si bien ostenta un exterior tranquilo y apacible, bajo esta apariencia de quietud silenciosa y sumisa, late un interior agitado y turbulento en el que fermentan las rebeldías, las inconformidades, las insatisfacciones e ideas de libertad: la gente que emerge de esta literatura es gente que obligada por la miseria, tiene que dejar su familia, su tierra y sus cosas y emigrar al norte para dejar encendida, aunque sea así, su esperanza[2]. Y es que, como dice un refrán rural, "debajo del agua mansa, está la mejor corriente". Jaime Torres Bodet, refiriéndose *Al filo del agua* de Agustín Yáñez, dice de la gente del campo:

> Andan despacio, viven despacio, se hacen despacio; con un ritmo que parece de otra época, aunque no lo es, porque [en el campo] la moneda del tiempo tiene su peso íntegro y su más elevada cotización. Es un tiempo que miden por sus repiques, por las mañanas y por las tardes, campanas en cuyo bronce nos saluda y nos guía la voz de México... esa quietud que solo engaña a los ignorantes, porque protege un hervor de pasiones y de deseos, que es fermento magnífico del futuro; esa ciencias tácita de esperar, que lo labra todo sin estridencias, el poema y la vida, la corona de azahares y la mortaja, el idilio y la rebelión; ese recato que en ocasiones estalla en pólvora; esa sumisión capaz de romper cadenas...[3]

---

[1] El 4 de mayo de 2004 se cumplen 100 años del nacimiento de Agustín Yáñez, novelista jalisciense autor de obras importantes como *Al filo del agua*. Este ensayo, centrado en su novela *Las tierras flacas*, un verdadero acervo de refranes del occidente mexicano, quiere ser una aportación a esta celebración.

[2] Rosario Castellanos, en Yvette Jiménez de Báez / Rafael Olea Franco (editores), *Memoria e interpretación de* Al filo del agua. México: El Colegio de México, 2000, p. 380.

[3] Jaime Torres Bodet, en *Memoria*: 381.

El jalisciense Agustín Yáñez es, en la narrativa rural del siglo XX, uno de los paisajistas más afortunados y puntuales de lo rural mexicano. Para ello, podría bastar su llamada "trilogía de la tierra": *Al filo del agua* (1947), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962). Este ensayo quiere ser un acercamiento al acervo paremiológico de *Las tierras flacas*. Como ya hemos señalado en *El hablar lapidario. Ensayo de paremiología mexicana*[4], hemos señalado que, en la historia de la paremiología hispánica, hay dos tipos fundamentales de refraneros: los tradicionales refraneros acervo cuyo modelo es el célebre Refranes que dicen las viejas tras el fuego y los refraneros literarios cuyo paradigma es el *Quijote*. A la manera del *Quijote* de Cervantes, *El Periquillo sarmiento* de Fernández de Lizardi o de *Arrieros* de Gregorio López y Fuentes, entre otros, Yáñez documenta puntualmente el hablar de la gente del campo y glosa el argumentar de sus alegatas cotidianas, mediante racimos de refranes encuadrados en tramas de acciones típicas que, en su conjunto, documentan un panorama no sólo del hablar rural sino de sus puntos de seguridad, y de sus creencias más recónditas en el contexto de un tema recurrente en su narrativa: el caciquismo, especie de espectro que siempre ha asediado a la gente del campo mexicano. Como ya se sabe, los refranes de un pueblo son en general creaciones horneadas en los variados y ricos moldes de las tradiciones al calor de las mil y una circunstancias que configuran la vida cotidiana de un pueblo: por eso los refranes en que estos pueblos apoyan su hablar cotidiano tienen tanto en común con los refranes españoles, su matriz fundamental, como con los de los demás pueblos hispánicos.

Estos refranes, como dirá más tarde don Agustín[5], son parte de "la realidad descrita", por un lado, y son herramienta de primera mano para "conseguir ciertos efectos de expresión y aun de belleza literaria". Pues, según Yáñez, "el refrán refleja con claridad los estilos de las conciencias de los personajes": es como el dato que ofrece la estilística para conocer la estructura de la reflexión en la imaginación de los personajes. Este hablar, en efecto, documenta de la manera más directa y eficaz una manera de percibir la realidad, una conciencia de las cosas y una actitud ante la vida.

Este refranero del occidente mexicano constituye un acervo de tópicos de un hablar, un sistema de creencias, una imaginería tomada de la vida cotidiana. El refranero de Yáñez es expresión de las desconfianzas rancheras hacia la palabrería, preferencia inquebrantable por lo real, por lo que ya se tiene en mano aunque sea poco porque la realidad que circunda a la gente del campo en México siempre es una realidad precaria, pese a la prodigalidad y exuberancia de la tierra: eso poco que ya se tiene es, por ello, mucho mejor que cualquier tesoro sólo prometido, hecho sólo de palabras, aunque esas palabras sean oraciones y el que está en la otra punta de la palabra sea Dios: por eso, hay que trabajar, aunque se esté rezando. Ese tipo de textualidad popular, en efecto, muestra el hartazgo de promesas que aqueja al ranchero mexicano que, por ello, si es religioso, no lo es tanto como para perder la noción de lo que vale la realidad: ya no se fía de los paraísos mal armados con papel de china, por más vívidos colores con que se los adorne y por muy bonitos que estén. Por ello la gente de rancho que emerge en el refranero de *Las tierras flacas* tiene sus prejuicios muy arraigados y bien justificados: algunos de ellos tienen que ver con el honor y con la mujer que, a la vieja usanza,

---

[4] Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996.

[5] Más abajo me referiré a la entrevista que Emmanuel Carballo hizo a Yáñez que ha sido publicada en varias partes; cito por Emmanuel Carballo, "Agustín Yáñez", en Helmy F. Giacoman (editor), *Homenaje a Agustín Yáñez. Variaciones interpretativas en torno a su obra*, Madrid, Anaya-Las américas, 1973, p. 51.

también ella necesita, como el caballo, rienda, espuela y freno. Y cosas así[6]. Yáñez nos ofrece, además, en *Las tierras flacas*, una excelente descripción de uno de estos poblados en que vive el ranchero del occidente mexicano y en el que cobra vida ese modo de pensar y de hablar documentado en el refranero mencionado:

> En el paisaje calcinado, la dispersión de casas, alejadas unas de otras, distintas y parecidas entre sí, protegidas casi todas por algún árbol guardián, que con los que crecen a trechos junto al cauce del arroyo, mitigan la dureza del escenario, la monotonía interminable de tonos pardos, blancuzcos, delgadísimos ocres, a rayas de cercas dibujadas con profusión en el conjunto del yermo. Pardas casas de adobe. Una que otra enjabelgada, deslumbrante a la luz del sol. El rancho arrimado a la depresión del arroyo, por una y otra orilla, partido en dos: cuatro casas desparramadas a un lado y cinco al otro, en medio del gran llano diluido en el azul humoso de las montañas que lo rodean, entre las que sobresalen la serranía de Cardos y el cerro de la Tapona. No se ven huellas de caminos; pero se adivinan algunos en la línea de cercas paralelas, muy juntas y largas[7].

De eso tratamos aquí: de hacer brotar de *Las tierras* flacas de Agustín Yáñez los tópicos que sustentan el hablar de los distintos personajes que pergeña su refranero ranchero de occidente, de documentar con una serie de cuadros extraídos de él algunos de los más representativos rasgos del universo de acuerdos sociales y certezas en que fundamentan su discurso; de su modo de ser, hablar, de pensar y, en suma, de la forma de vivir la vida, que tiene y padece el ranchero tal cual emerge de las simbolizaciones, filtros y lenguajes que ha acuñado Yáñez sobre el campo y su gente. En todo caso, a partir de la literatura de este tipo no parece difícil conformar configuraciones, del tamaño que sean, sobre los tipos campesinos que pueblan sus universos: siluetas, a saber, que perfilan maneras alternativas de vivir la vida, de dibujar rincones paradisíacos a prueba de penalidades cotidianas, formas de pensar, de afrontar las desgracias, de arreglar sus cosas y de soñar; los actores que subyacen son un tipo de gente, con su honradez, su sinceridad, su socarronería y sapiencia a flor de vida que deambulan con vigor y que la narrativa mexicana del siglo XX ha acuñado e institucionalizado a partir de las mil y una peripecias de la vida ranchera de cada día y hoy conforman un poderoso lenguaje sobre el que queremos llamar la atención aquí.

La literatura, ya se sabe, es un tipo de textualidad que se refiere a la realidad que explora mediante un vasto y desarrollado sistema de simbolizaciones que las tradiciones han convertido en un poderoso sistema semiótico que utiliza recreaciones narrativas de la realidad extralingüística que le sirve de referente para documentarla y, en su caso, emitir su opinión sobre ella mediante la crítica. Parte importante de ese sistema de simbolizaciones que emplea Yáñez en *Las tierras flacas* son los refranes, tópicos del hablar cotidiano que funcionan a la manera de un prontuario que está en la punta de la lengua del ranchero, que aparece en esta literatura como un tipo de gente que fue recogiendo las verdades en que apoya su hablar diario valiéndose a veces de la experiencia, a veces de una fe grabada con el cincel del predicador, recogiendo otras veces las viejas voces de la tradición. En todo caso, una buena parte de los refranes de Yáñez sustentan un argumentar preferentemente inductivo basado, por lo general,

---

[6] Véase el refranero completo de *Las tierras flacas* en Herón Pérez Martínez, *Refrán viejo nunca miente*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1993.

[7] Agustín Yáñez, *La tierras flacas*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1962, p. 35s. sexta edición. Guadalupe de Anda en *Los cristeros* (*Clásicos de la literatura mexicana. La novela de la revolución.* segunda edición, México: PROMEXA, 1992, p. 143) trae, entre otras, esta fugaz descripción de un rancho: "se aproximan a la casa principal, rodeada de sórdidos jacales que enseñan su miseria por todos lados".

ya en ejemplos didácticos tomados de la vida real ya en un sistema de comparaciones desencadenadas por los refranes cuyos referentes son las cosas y los seres más inmediatos de la vida cotidiana ranchera.

Como la mayor parte del refranero mexicano, el refranero de occidente recopilado por Yáñez refleja los más importantes rasgos de la mentalidad ranchera en donde tiene su origen: como se sabe, la tradición paremiológica mexicana es heredera de las tradiciones paremiológicas hispánicas cuya principal vertiente entre nosotros, la ranchera, refleja la mentalidad criolla vigente en la Nueva España. El principal presupuesto, pues, que subyace al cuadro aquí pergeñado es el ranchero del occidente mexicano, de carne y hueso, que conforma en la narrativa de Agustín Yáñez una poderosa, sugestiva y variada simbología tanto como un variado universo de lenguajes que ha inspirado, del modo más espontáneo y natural, a los creadores, en las distintas artes, proporcionándoles espacios de ricas y vigorosas matrices semióticas, especies de mundos fantásticos por naturales, refugios de sueños, con las que se suele simbolizar la vida de campo con su lucha cotidiana por la supervivencia y, a lomos de ella, los puñados de ilusiones y frustraciones que la conforman, los ocios, las prisas o la paciencia con que se teje el accionar de cada día, el contacto asiduo con las cosas de la naturaleza, como lluvia, las montañas, los ríos, los árboles, los arbustos y las plantas de flor y fruto, con la tierra madre, en suma, y todo lo que vive de ella y lo que en ella alienta. Las estampas con que se delinea esas modos de hablar y de ser tienen postulados como los que Yáñez nos ha legado en forma de refranes.

Los refranes de este refranero, en efecto, constituyen simbolizaciones que presentan gente experta tanto en como hay que tratar las cosas de Dios y las obligaciones diarias ("A Dios rogando y con el mazo dando"; "Al que se ayuda, Dios lo ayuda") como en las estaciones, en la tardanza de las lluvias ("Al primer trueno de mayo salta la liebre y retoza el caballo"), en los años buenos y los años malos, en el crecer de los sembradíos y en el cosechar; gente que ha desarrollado una intensa familiaridad con una variada fauna, doméstica o no, con la que conviven a diario, de la que aprenden un saber añejo, natural y sólido. Tiene por principios cosas como "a las mujeres y a los charcos no hay que andarles con rodeos"; o "a lo dado hasta los obispos trotan", para terminar aconsejando: "a lo tuyo, tú: otro como tú, ninguno", un tópico de la mentalidad ranchera.

Esa es la gente de campo tal cual ha quedado consignada en nuestras literaturas: gente con sus respectivos arreglos para todas las ocasiones y un buen caudal de salidas improvisadas para los casos de necesidad. El otro presupuesto de esta exposición es que son tan poderosas estas siluetas que con un pequeño racimo es posible documentar el universo entero de los habitantes del agro. Este tipo de gente es la que emerge en *Las tierras flacas*.

EL REFRANERO DE YÁÑEZ

Estos son los personajes, acuerdos del hablar, siluetas rancheras, ideología y universo que brota del ya refranero ranchero de Agustín Yáñez que es su novela *Las tierras flacas*[8] publicada en 1962. En ella Yáñez no sólo salpica el texto literario de refranes sino que los refranes constituyen casi una cuarta parte del texto: unos quinientos refranes. En una ya célebre entrevista de Emmanuel Carballo a Yáñez[9] el novelista tapatío contesta así a la pregunta "¿A qué causas se debe el uso constante de adagios populares?" -a propósito de *Las tierras flacas*

---

[8] Las citas están tomadas de Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*. México: Joaquín Mortiz, 1977, sexta edición.

[9] La entrevista ha sido publicada en varias partes; cito por Emmanuel Carballo, "Agustín Yáñez", en Helmy F. Giacoman (editor), *Homenaje a Agustín Yáñez. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Madrid: Anaya-Las américas, 1973, p. 51.

Por una parte responde a la realidad descrita y, por otra, a la necesidad de conseguir ciertos efectos de expresión y aun de belleza literaria. El refrán refleja con claridad los estilos de las conciencias de los personajes: es como el dato que ofrece la estilística para conocer la estructura de la reflexión en imaginación de los personajes.

Como lo habían hecho Fernández de Lizardi y López y Fuentes, entre otros, Yáñez acompaña la estructura del texto con una sinfonía de refranes que van construyendo su propia trama. Los refranes en *Las tierras flacas* se dan por racimos. Esto significa, de hecho, la creación de un hablar lapidario cuyo centro estructural es puesto por el narrador en las secuencias o racimos de refranes. Por otro lado, una buena parte de los refranes de este refranero están estructurados más por mecanismos acústicos que por los tradicionales mecanismos lógico-retóricos. Como veremos cuando abordemos los refranes exclamativo-connativos, que abundan en el refranero de Yáñez más que en otros refraneros incluyendo los del occidente mexicano: este tipo de refranes tienen como función discursiva dominante el ornato del discurso. O, como señaló él mismo en la citada de Emmanuel Carballo, "la necesidad de conseguir ciertos efectos de expresión y aún de belleza literaria" que indudablemente tienen los refranes. Por otro lado, el discurso argumentativo de Yáñez está impregnado de refranes, fragmentos de refranes y de evocaciones variadas de refranes. He aquí un ejemplo:

> Nomás los estoy oyendo retobe y retobe, años y años, como burros con bozal o caballo que coge el freno, aquí los oigo como quien oye llover y no se moja, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, y porque perro que ladra no muerde, ni buey viejo pisa mata, y si la pisa no la maltrata, y porque son como la chiva de Tía Cleta, que se come los petates y se asusta de los aventadores, o será porque el valiente de palabra es muy ligero de pies, porque entre la mujer y el gato ni a cual ir de más ingrato; además: que para el arriero, el aguacero, y que soy de los que aúllan cuando el coyote, hasta que se cansa y corre: de modo que para qué tantos gritos y sombrerazos, ni tantos brincos estando parejo el lolano, pues al fin y al cabo son como los cabrestos que solitos entran, o como las gallinas que duermen alto: con echarles maíz se apean, o como el pobre venadito que baja al agua de día, y si no cabrestean se ahorcan, lueguito vendrán a pedir frías, porque quieren jugar a toro sentados; pero recuerden que al son que me tocan bailo, y no soy de los que pierden las cuentas como las mujeres; si les gusta el ruido, ruido; calma y nos amanecemos; en resumidas cuentas: me gustan las cuentas claras y el chocolate espeso[10].

Los refranes en racimo plantean a la paremiología una serie de problemas sobre aspectos como el sentido paremiológico, el rango contextual, la aceptabilidad o no del uso pragmático del refrán y cosas así en las que la paremiología empieza a reflexionar. Los refranes de este racimo, en efecto, no sólo son igualados en el sentido paremiológico refranes de forma diferente que tienen el mismo valor argumentativo en cuanto refranes sino que la manera misma de agruparlos los hace irse deslizando hacia territorios afines en el sentido paremiológico y, desde luego, en su rango de aceptabilidad: están encadenados, en efecto, no sólo por el sentido sino también, a veces, por la simple yuxtaposición y, otras veces, por el empleo de palabras o conceptos eslabón. Simbolizan bien, en todo caso, un estilo de hablar, el estilo ranchero, bronco, machista, autoritario, tajante por lo lapidario, lacónico y breve, construido sobre palabras preñadas al máximo, densas, pesadas, sin que falten ni sobren: un estilo en suma que, como dijera Yáñez en la citada entrevista, que denota "con claridad los estilos de las conciencias de los personajes".

Una segunda cosa de que dan cuenta los refranes insertados en el hilo narrativo de *Las tierras flacas* es la ya referida manera de razonar en el habla popular a base de lugares

---

[10] Edición de Joaquín Mortiz, *op. cit.*, p. 51.

comunes, la lógica ranchera con su lista de verdades de su hablar en que estriba la persuasión, la máxima autoridad a la hora de zanjar las discrepancias. Como es fácil de constatar, por lo demás, Yáñez parece haber tenido al guanajuatense Darío Rubio como fuente en una parte importante de su cosecha; pero Yáñez tiene otras fuentes y, desde luego, su propia cosecha como es fácil mostrar por una sencilla contrastación.

El refranero de Yáñez está fincado, por ejemplo, sobre la relación estrecha que el ranchero tiene con los animales y, a partir de ella, sobre una especie de sabiduría natural en el sentido de que las conductas instintivas de los animales son verdades naturales y más estables en la medida en que se basan en las "leyes de la naturaleza". Del caballo, del buey, de la mula, del burro, del gallo, de la gallina y del perro, entre otros animales, el ser humano puede sacar enseñanzas: el refranero lo muestra. La conducta que de allí emerge es tenida, por ello, como más digna de respeto que las que derivan de doctrinas. Por ejemplo, la enseñanza que emana del refranero se atiene a convicciones como la de que todo mal tiene su remedio y por eso "a burro viejo, aparejo nuevo" y "pa los toros del Tecuán los caballos de allá mesmo". El arraigo doméstico del hogar se lo explica por el principio de que "a cada pájaro le gusta su nido". Y el principio de que nadie mejor que uno cuidará de sus cosas subyace a la sentencia: "al ojo del amo engorda el caballo" y al consejo "a lo tuyo, tú: otro como tú, ninguno". Las enseñanzas que del mundo animal saca el ranchero pueden verse en estos refranes:

Buey viejo no pisa mata y si la pisa no la maltrata. (p.51)
Perro que ladra no muerde. (pp.41 y 51)
No es el león como lo pintan. (p.44)
Gallinas que duermen alto: con echarles maíz se apean. (p.51)
El gallo más grande es que más recio canta. (p.52)
El que por su gusto es buey, hasta la coyunda lame. (p.52)
Una golondrina no hace verano. (p. 52)
Desde lejos se conoce al pájaro que es canario. (p.58)
A gato satisfecho no le preocupa ratón. (p.60)
Donde vuela el gavilán no aletea la paloma. (p.62)
Cada oveja con su pareja. (p.64)
De que la perra es brava, hasta los de casa muerde. (p.69, 223)
Atórale que es mangana porque se te va la yegua. (p.71)
Lobos de la misma camada siempre andan juntos. (p.75)
Con toro jugado, mucho cuidado. (p.76)
La mujer mala o buena más quiere freno que espuela. (p.76)
Ni grullo, ni grulla, ni mujer que arguya. (p.76)
A tu palo, gavilana, y a tu matorral, coneja. (p.76)
El freno a la yegua al diente y a la mula hasta la frente. (p.76)
A pesar de ser tan pollo, tengo más plumas que un gallo. (p.104)
Nunca engordes puerco chico, porque se le va en crecer, ni le hagas favor a un rico que no lo ha de agradecer. (p.299 y p.127)
Cría cuervos y te sacarán los ojos. (p.127)
La cabra tira al monte. (p.143)
Es la misma gata, nomás que revolcada. (p.186)
Lobos de la misma camada siempre andan juntos. (p.199)
Como quiera sale un buey pariendo la vaca un toro. (p.200)
Gavilán viejo no chilla, nomás se arruga y encoge el ala. (p.202)
El que nació para buey, de arriba le caen las llaves. (p.202)
La culpa no es del gallo sino del amarrador. (p.208)
La rana más aplaudida es la que más recio grita. (p.208)
Muerto el perico para qué quiero la jaula. (p.208)
Perro que lame, acaba por sacar sangre. (p.208)
No hay gavilán gordo, ni coyote barrigón. (p.210)
Yegua mal arrendada, ni regalada. (p.212)
La cabra tira al monte y el capón al muladar. (p.213)
No tiene la culpa la mula sino el que le hizo el favor. (p.213)
Más se siente lo que se cría que lo que se pare. (p.213)
El que no jala de puntas, a las yuntas. (p.213)
Al hombre por la palabra y al buey por el cuerno. (p.213)

Cuando veas arañas en el suelo, habrá nubes en el cielo. (p.242)
Cuando el temporal es bueno hasta los vaqueros paren. (p.242)
Más hace una hormiga andando que un buey echado. (p.242)
No hay que buscarle tres pies al gato. (p.243)
Sacar a un buey de la barranca. (p.251)
Como el perro del herrero, que a los martillazos ronca y a los masquidos despierta. (p.256)
Unos corren tras la liebre y otros sin correr la alcanzan. (p.279)
Más vale querer a un perro que no a una ingrata mujer. (p.312)
De la gallina más vieja resulta el caldo mejor. (p.315)
De que el gallo se sacude en medio del árbol canta. (p.321)
Madre que consiente, engorda una serpiente. (p.326)
Gato encogido, brinco seguro. (p.339)

En este código normativo, una de las relaciones más arraigadas en la mentalidad ranchera presente en el refranero de Yáñez es la que se finca en el tópico de que la mujer, como el caballo, al formar parte del círculo más íntimo del ranchero, están sujetos a normas de conducta expresadas en refranes como: "gallo, caballo y mujer, por su raza has de escoger"; "caballo que llene las piernas, gallo que llene las manos y mujer que llene los brazos"; "el que presta la mujer para bailar o el caballo para torear no tiene que reclamar"; "la mujer alta y delgada, y la yegua colorada". Según esta mentalidad, pues, la mujer es parte de la intimidad y, hasta cierto punto, del ajuar doméstico, como las cosas de la casa o los animales familiares. De igual manera, para un ranchero, el caballo aparece en el refranero como una propiedad tan cercana a su dueño como la propia mujer: penetrar en su círculo es violar su intimidad que afecta al honor. De hecho, el refranero parece partir de la cercana posesión de la mujer para documentar la propiedad del caballo y viceversa: esta cercanía supone, además, una serie de τόποι de la vida cotidiana y una serie de rasgos que caracterizan a la buena mujer y al buen caballo. Por eso el refranero de Yáñez le dedica tanta atención a los caballos y, por su parentesco, con ellos, a las mulas y a los burros. De su contacto con ellos saca premisas que orientan su conducta hacia los animales y de allí principios que usa para normar su vida:

El mejor caballo necesita espuelas. (p.201)
El caballo de silla, poco comido y bastante coludo. (p.201)
Al primer trueno de mayo salta la liebre y retoza el caballo. (p.271)
A la res al cuero y al caballo al pelo. (p.300)
Más vale amansar que quitar mañas. (p.229)
Una vez sobre la mula no le pierda las orejas. (p.327)
Maíz que no le ve la cara a mayo, ni zacate para caballo. (p.242)
La mula es mula: cuando patea recula. (p.213s)
El caballo que no raya, que se vaya. (p.213)
De que la madre es de paso, la cría hasta el cincho azota. (p.213)
No es buen garañón el que no aguanta patadas. (p.208)
Nomás con que no me arree, aunque me desunza tarde. (p.208)
Reconoces al cabestro en la primera potreada. (p.208)
No es buen garañón el que no aguanta patadas. (p.208)
Comprar potrillo en panza de yegua. (p.201)
Caballo bañado, a la sombra o ensillado. (p.201)
Pa los toros del Tecuán los caballos de allá mesmo. (p.199)
Yegua grulla o flor de durazno, mejor asno. (p.76)
Garañón que no relincha que lo capen. (p.76)
La burra no era arisca: la hicieron. (p.35)
Como burros con bozal o caballo que coge el freno. (p.51)
Ser como los cabrestos que solitos entran. (p.51)
Si no cabrestean se ahorcan. (p.51)
Ser burro que no rebuzna por miedo del aparejo. (p.52)
La mula es mula y cuando no patea recula. (p.76)
La mujer alta y delgada, y la yegua colorada. (p.77)
Como burros con bozal o caballo que coge el freno. (p.51)

Aunque en menor medida que en otros refraneros, no falta en el refranero de Yáñez el tipo social modelo de conducta como el mal músico "al mal músico hasta las uñas le estorban". También están vigentes las axiologías: la que la opinión pública estima más válida y la que el refranero, sin embargo, recomienda, lo que se expresa en los refranes "más vale" y afines. Así:

Más hace una hormiga andando que un buey echado. (p.242)
Más sabe el diablo por viejo que por diablo. (pp.203, 62 y 82)
Más vale amansar que quitar mañas. (p.229)
Más vale estar mal sentado que bien parado. (p.280)
Más vale maña que fuerza. (p.68)
Más vale que digan: aquí corrió, y no: aquí petateó. (p.52)
Más vale querer a un perro que no a una ingrata mujer. (p.312)
Más vale ser legales y caminar derecho. (p.173)
Más vale una vez colorado que cien descolorido. (p.280)

Una de las estructuras más firmes del refranero mexicano está conformada por los refranes "el que" que establecen una especie de semiótica paremiológica que identifica, a la par que sanciona, una serie de conductas sociales. Curiosamente, en el refranero de *Las tierras flacas* no hay refranes "la que" que en otros acervos expresan la mentalidad y el cúmulo de prejuicios que una cultura ha ido desarrollando en torno a la mujer. En el refranero de Yáñez el acervo "el que" está bien representado por refranes como:

El que de santo resbala hasta el infierno no para. (p.127)
El que de su casa se aleja, nunca la encuentra como la deja. (p.297)
El que de veras es hombre no le busca pico al jarro. (p.129)
El que mucho mal padece, con poco bien se consuela. (p.255)
El que nació para ahorcado no morirá ahogado. (p.229s)
El que nació para buey, de arriba le caen las llaves. (p.202)
El que no conoce a Dios, dondequiera se anda hincando. (p.54)
El que no jala de puntas, a las yuntas. (p.213)
El que no tiene quehacer piensa en los males que hará. (p.203)
El que padece de amor, hasta con las piedras habla. (p.295)
El que quiera ser buen charro, poco plato y menos jarro. (p.229)
El que es bonito jarrito es bonito tepalcatito. (p.358)

A la misma estructura pertenecen los refranes "lo que" que muestran una serie de principios cuya vigencia se considera indiscutible en la mentalidad ranchera que subyace a este refranero de Occidente. He aquí:

Lo que con tus padres hagas con tus hijos lo pagas. (p.127)
Lo que en el corazón está en la boca sale. (p.281)
Lo que en tu casa no hay, sal a la calle y lo encuentras. (p.60)
Lo que es para sí no es para nadie. (p. 74)
Lo que mortifica, ni se recuerda ni se platica. (p.214)
Lo que no gastan en lágrimas lo gastan en suspiros. (p.104)
Lo que no se gasta en lágrimas hay que gastarlo en suspiros. (p.214)
Lo que no se ve no se vende. (p.295)
Lo que no tiene remedio, remediarlo es imposible. (p.173)
Lo que nunca he tenido ni falta me hace. (p.299)
Lo que quieras de la cerca: pero de la huerta, nada. (p.63)
Lo que repugna hace daño. (p.101)
Lo que se da sin fineza se acepta sin gratitud. (p.299)
Lo que tiene la olla saca la cuchara. (p.299)
Lo que tú te hagas valer, te harán valer los demás. (p.104)
Lo que uno granjea eso tiene. (p.128)
Lo robado no luce pero mantiene. (p.349)

LOS REFRANES ENTIMEMÁTICOS

En el refranero de *Las tierras flacas* hay varios tipos de refranes según la función discursiva que son susceptibles de desempeñar: los refranes entimemáticos son la realización suprema del refrán, desde el punto de vista discursivo, y el punto de referencia de la paremiologicidad en un sistema textual. El acercamiento discursivo a los refranes es una de las vías de que actualmente dispone la paremiología hispánica para establecer una clasificación coherente de los diferentes subtipos que la conforman. En efecto, independientemente de su forma, los refranes son un género de cuyas especies la teoría paremiológica hispánica aún no ha hecho una propuesta aceptable sin reparos[11]. Está claro, en todo caso, que aquí nos acercamos al refranero de Agustín Yáñez desde las funciones discursivas que la tradición retórica clásica ha trazado para los textos gnómicos: funciones entimemáticas, de ejemplo y de ornato. Los refranes, como los del acervo que nos ocupa, son susceptibles de desempeñar en el discurso tales funciones y ese desempeño argumentativo puede ser un reactivo para avanzar la clasificación de un refranero, como ha sido nuestro caso. En efecto, un refranero, como el de Yáñez o cualquier otro, viene siendo en primera instancia, una tópica del argumentar cotidiano y sus textos, los refranes, vienen funcionando discursivamente a la manera de los tópicos que encabezan los razonamientos en el argumentar entimemático que conforma las alegatas de la vida cotidiana bajo el supuesto de que esas verdades del hablar cotidiano no sólo no se discuten sino que constituyen importantes puntos de acuerdo vigentes entre el grupo humano usuario del refranero; ya ejemplos, ya en fin figuras de ornato. Creemos, por lo demás, que a una taxonomía de los refranes se llega más fácilmente clasificándolos según las funciones que son susceptibles de desempeñar en el discurso argumentativo y, de esa forma asumir que son refranes los textos gnómicos que son susceptibles de desempeñar en el discurso argumentativo ya la función entimemática, ya la función de *exemplum* ya, en fin, la función de ornato. La paremiologicidad de cada uno de estos tipos textuales es de índole distinta que debe ser definida a partir de análisis puntuales.

El primer tipo de refranes de cuantos conforman el refranero mexicano está constituido, pues, por los textos entimemáticos que, por tanto, fundamentan el argumentar popular de índole deductiva a partir de tópicos que se manifiestan mediante τόποι por los que se relacionan magnitudes vigentes en la vida cotidiana. Los refranes entimemáticos son la quintaesencia del argumentar popular y el tipo textual más propiamente paremiológico. La mayor parte de los quinientos refranes del refranero de Yáñez son entimemáticos. Son los refranes más tradicionales de la paremiología hispánica: sus formas, estructuras y rasgos están documentados, en efecto, en la más vieja tradición paremiológica hispánica en una especie de paradigmática que hoy circula en el género textual que llamamos "refranero" y que ha ido modelando su forma a lo largo de nuestra tradición textual. He aquí un par de ejemplos:

A burro viejo, aparejo nuevo. (p.295)
A cada pájaro le gusta su nido. (p.328)
A dos garrochas no hay toro valiente. (p.329)
A gato satisfecho no le preocupa ratón. (p.60)
Al que se ayuda, Dios lo ayuda. (p.142)
Amor viejo y camino real nunca se deja de andar. (p.317)
Amor y dinero a la cara salen. (p.59)
Antes que saber ganar, hay que aprender a perder. (p.298)
Árbol que crece torcido jamás su tronco endereza. (p.326)
Buey viejo no pisa mata y si la pisa no la maltrata. (p.51)

[11] Son notables los avances que Julia Sevilla y Jesús Cantera han realizado en su reciente libro *Pocas palabras bastan* (Salamanca: Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca, 2002), excelente ensayo de paremiología hispánica que colma varios de los huecos que sobre esto aún existen en ese vasto y rico campo.

Caballo bañado, a la sombra o ensillado. (p.201)
Caballo que llene las piernas, gallo que llene las manos y mujer que llene los brazos. (p.76)
Cada oveja con su pareja. (p.64)
Con lo viejo y lo pobre aumenta lo delicado. (p.34)
Con muchas gotas de cera se forma el cirio pascual. (p.275)
Con tarugos ni a bañarse, porque hasta el jabón se pierde. (p.231)
Con toro jugado, mucho cuidado. (p.76)
Cuando el río suena, agua lleva. (p.186)
Cuando hay modo, hasta el codo. (p.280)
Cuando una rama se seca, otra está reverdeciendo. (p.54)
De lo perdido lo que aparezca. (p.283)
De que la perra es brava, hasta los de casa muerde. (p.69, 223)
De tal palo tal astilla. (p.199)
Debajo del agua mansa está la mejor corriente. (p.58)
Desde lejos se conoce al pájaro que es canario. (p.58)
Dinero arrastra dinero. (p.216)
Donde lumbre ha habido, rescoldo queda. (p.229)
Donde no hay humo no hay lumbre. (p.229)
El caballo de silla, poco comido y bastante coludo. (p.201)
El carbón que ha sido brasa, fácilmente vuelva a arder. (p.59)
El gallo más grande es que más recio canta. (p.52)
El hombre ha de ser porfiado aunque le digan que no. (p.230)
El interés tiene piés. (p.242)
El labrador al cielo, el comerciante al suelo. (p.242)
El llanto sobre las siembras, olvido de cabañuelas. (p.242)
El mejor caballo necesita espuelas. (p.201)
El tiempo todo lo tapa. (p.230)
Gallo, caballo y mujer, por su raza has de escoger. (p.76)
Hay quien cree que ha madrugado y sale al oscurecer. (p.64)
Hay quien mucho cacarea y no pone nunca un huevo. (p.129)
Hay veces que nada el pato y otras que ni agua bebe. (p.297)
Hay veces que un ocotito provoca una quemazón. (p.62)
La mujer alta y delgada, y la yegua colorada. (p.77)
La mujer mala o buena más quiere freno que espuela. (p.76)
La mujer y la guitarra son del que las toca. (p.244)
Las deudas viejas no se pagan y las nuevas se dejan envejecer. (p.279)
Lo que no se ve no se vende. (p.295)
Lo que no tiene remedio, remediarlo es imposible. (p.173)
Lo que repugna hace daño. (p.101)
Lo que tiene la olla saca la cuchara. (p.299)
Lo robado no luce pero mantiene. (p.349)
Lobos de la misma camada siempre andan juntos. (p.199 y 75)
Los credos son buenos para espantar a bestias dañinas; pero acompañados de pedradas y palos. (p.270)
Los dichos de los viejitos son evangelios chiquitos. (p.315)
Mal de muchos, consuelo de tarugos. (p.54)
Muy pocos amigos tiene el que no tiene que dar. (p. 34)
Naipe, tabaco, vino y mujer echan al hombre a perder. (p.229)
Neblina en el cerro, seguro aguacero, neblina en el llano, seguro verano. (p.242)
No hay que meterse en la danza, si no se tiene sonaja. (p.279)
No todos los que chiflan son arrieros. (p.134)
Olla que no se menea, se quema. (p.230)
Ollita que hierve mucho o se quema o se derrama. (p.52)
Para el arriero, el aguacero. (p.51)
Para el desprecio, el olvido. (p.312)
Para que la cuña apriete ha de ser del mismo palo. (p.198ss, 219)
Para rezar basta el jacal. (p.56)
Para uno que corre, otro que vuela. (p.279)
Para uno que madruga, otro que no se acuesta. (p.279)
Por las hojas se conoce el tamal que es de manteca. (p.232)
Trabajar con deudas es como acarrear agua en chiquihuites.(p. 18)
Trato de fuereños, esquilmo de rancheros. (p.35)
Una golondrina no hace verano. (p. 52)
Unos como saben y otros como pueden. (p.104)
Yegua mal arrendada, ni regalada. (p.212)

Los refranes de este tipo constituyen, bajo formas como estas, los paradigmas y la quintaesencia de la textualidad paremiológica[12] y, a ese título, son reconocidas sus funciones discursivas dentro hablar popular mexicano. Los textos que conforman el refranero mexicano, de hecho, contienen las más representativas estructuras y formas de la paremiología hispánica de la cual es afluente la mexicana: estructuras prótasis-apódosis tanto de relativo, del tipo "el que" o "la que", como las de los refranes condicionales con *si*, las estructuras *más vale*, estructuras mal-remedio, estructuras sentencia, estructuras "me extraña", estructuras sentencioso - adversativas, los refranes "el que nace" y otras.

Se trata, en general, de textos de alguna manera bimembres cuyo primer miembro, cuando no es una frase circunstancial, suele estar constituido por una proposición universalizante. En otros casos se trata o bien de enunciados apodícticos o bien de frases dotadas de tal nivel de sentencialidad que asumen una enunciación seudoapodíctica: ello les permite desempeñar en el discurso mayor en el cual se enclavan la función de cabeza de un entimema. El entimema, en efecto, no sólo es un tipo de silogismo sino, sobre todo, la manera de un hablar denso, pesado, tajante, zanjante, lapidario. Esos mismos son los rasgos argumentativos del refrán entimemático.

LOS REFRANES EJEMPLO

Otro tipo de textos paremiológicos que hay en el refranero de *Las tierras flacas* está constituido por los refranes *exemplum*. Constituyen la base del argumento inductivo: la doctrina que sirve de base al argumento está tomada de la experiencia, se parte de la realidad para llegar al principio. Estos refranes hacen las veces de un ejemplo que es puesto para apuntalar el punto de vista que se defiende. Funcionan, por tanto, discursivamente bajo la función argumentativa de *exempla*. En nuestro refranero se realizan, entre otros, por los refranes "como" del tipo de los siguientes:

Como burros con bozal o caballo que coge el freno. (p.51)
Como el perro del herrero, que a los martillazos ronca y a los masquidos despierta. (p.256)
Como el que oye llover y no se moja. (p.245 y p.51)
Como el que pinta el gato y se asusta del garabato. (p.51)
Como el que vomita y tapa por no oler lo que depuso. (p.52)
Como el tiempo dure, lugar tiene la esperanza. (p.242)
Como la chía, que no era pero se hacía. (p.314)
Como la chiva de Tía Cleta que se come los petates y se asusta con los aventadores.
Como los que hacen el muerto y luego se asustan del petate. (p.52)
Como milpa de costa, prontito. (p.59)
Como muera yo en la raya, aunque me maten la víspera. (p.128)
Como quiera sale un buey pariendo la vaca un toro. (p.200)
Como quien oye llover y no se moja. (p.51)
Estar como la argolla: no se le encuentra la punta. (p.60)
Gimiendo y llorando, como en la salve. (p.57)

LOS REFRANES ORNATO

Más que en otros acervos paremiológicos mexicanos, domina en el refranero de Yáñez el sentido del ornato y la interlocución. Los refranes ornato son, en efecto, muestra del afán del

[12] Herón Pérez Martínez, *El hablar lapidario. Ensayo de paremiología mexicana*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996, p. 368ss.

occidente mexicano por lo barroco ese estilo que, según Alfonso Méndez Plancarte[13], reina permanentemente en nuestro orbe americano cuando sólo "preside a tiempos en occidente"[14]. Eso se muestra muy bien, dice el mismo Méndez Plancarte, a partir de nuestra arquitectura barroca: 'nuestra exuberancia barroca en poesía se ilustra más indiscutiblemente con el paralelo del barroco novohispano en la plástica, en "el estilo de Churriguera, ese Góngora que rimó poemas de piedra'[15]. Ornato puro, sonido estupendo, el estilo del discurso que emerge de los racimos de refranes de Yáñez en *Las tierras flacas*, es una expresión nítida del hablar ranchero mexicano del occidente.

Desde el punto de vista de una pragmática paremiológica, los refranes ornato tienen la misma función argumentativa que la tradición retórica le dedica al ornato. El *ornatus*, según Quintiliano, es el rasgo más codiciado del discurso, por ser el más brillante y el más efectivo porque va más allá tanto de la corrección lingüística como de la corrección elocutiva (la *latinitas*) y aún de la comprensibilidad intelectual de la expresión (la *perspicuitas elocutiva*). El ornato, en efecto, engendra una delectación que sirve a la causa, al efecto pretendido por el discurso. A decir de Quintiliano, en efecto, el público escucha con gusto y abierta atención un discurso galano y le otorga con más facilidad crédito al contenido de un discurso adornado. El ornato de la *elocutio*, pues, ayuda al oyente a alcanzar y mantener una buena disposición ayudándole a evitar el tedio, y ayudarle a mover su ánimo para despertar su interés. El ornato, pues, es una herramienta argumentativa de tal manera que a las funciones entimemática y de exemplum que los textos gnómicos pueden tener en el discurso, hay que agregar la función de ornato que algunas de ellas cumplen[16]. De hecho, el concepto de "figura" retórica con que vendría a ser conocida tardíamente la disciplina tendrá que ver con el ornato de la elocución algunos de cuyos artificios generales vendrían a sintetizarse en los términos de "tropo" y "figura"[17].

En el refranero de Yáñez refranes ornato vienen a caracterizar la manera de hablar florida y viva de la gente de rancho del occidente mexicano que pueblan su narrativa de la cual es muestra *Las tierras flacas*. He aquí un par de ejemplos tomados del refranero de Yáñez. En algunos casos, como "ache, huarache, huache, /ay, víboras chirrioneras, / a que no me pican ora / que traigo mis chaparreras", se trata de puro sonido. En otros, de trata de frases gnómicas que hacen las veces de una interjección como "¡ay!", una exclamación pura como "¡ah!", una autorización como "¡adelante!, una recomendación como "¡con tiento! o "¡con cuidado!", etc. Las primeras palabras de cada una de estas frases paremiológicas constituyen el verdadero mecanismo de inserción del texto en el discurso mayor en el que desempeña una función argumentativa. Funcionan esas palabras o expresiones primeras como comentario emblemático de una situación vigente que justifica esa inserción. Vaya un par de ejemplos tomados, claro, del refranero de Yáñez.

Adelante con la cruz, que se lleva el diablo al muerto. (pp.80, 288, 331)

Con cuidado que aquí hay lumbre, no se vayan a quemar. (p.328)

Con qué chiflas, desmolao, si no tienes instrumento. (p.256)

Con tiento, santos varones, que el Cristo está apolillado. (p.206)

---

[13] *Obras completas* de Sor Juana Inés de la Cruz, tomo I, Introducción, p. Xss.

[14] *Ibid.*, I: X.

[15] *Op. cit.*, I: XXII.

[16] Para todo ésto, véase H. Lausberg, *op. cit.*, tomo III, n. 538.

[17] Véase José Antonio Mayoral, *Figuras retóricas*. Madrid: Editorial Síntesis, 1994.

Ah qué gente tiene mi amo, y más que le están llegando. (p.139)
Ah qué mi Dios tan charro, que ni las espuelas se quita. (p.104)
Ah qué rechinar de puertas, parece carpintería. (p.52)
Ah, qué bonita trucha para tan cochino charco. (p.58)
Ahora sí violín de rancho, ya te agarró un profesor. (p.61)
Ánimas que salga el sol pa saber cómo amanece. (p.206)
¡Ay, madre, qué pan tan duro y yo que ni dientes tengo! (p.230)

Este tipo de expresiones se insertan en el hilo del discurso a veces como eufemismos para ocupar el lugar de expresiones que cierta moralidad lingüística prohíbe. Por ejemplo las expresiones paremiológicas "ah qué..." requerirían, en el hilo del discurso, una expresión del tipo "ah, qué bonito estás chingando"; en vez de ello el hablante utiliza una expresión paremiológica como "**ah qué** rechinar de puertas, parece carpintería" que adorna el discurso y expresa muy bien la opinión del hablante sobre lo que sucede a su alrededor. Hay, como podrá verse más abajo, otros tipos de refranes ornato con otras funciones discursivas. Textos como estos, según puede verse, son fundamentalmente del tipo exclamativo-connativo. Por la función que desempeñan en el discurso, pueden ser considerados dentro del género "refrán" aunque su grado de paremiologicidad sea menor en relación con los refranes entimemáticos. Como hemos señalado profusamente en *El hablar lapidario. Ensayo de paremiología mexicana*[18] y acabamos de constatar, los refranes exclamativo-connativos prefieren, en general, otros mecanismos discursivos y tienen una función preferentemente ornamental.

Empero, desde el punto de vista lingüístico, estos refranes exclamativo – connativos están dotados ya de una estructura emblemática que les permite desempeñar una función prevalentemente didáctica y funcionar discursivamente como *exempla* como en el caso del refrán "¿a quien le dan pan que llore?". Otras veces, se trata de una estructura entimemática con una enunciación exclamativa. Por lo tanto, los refranes exclamativos son, unas veces, ornato puro otras un adorno cuyas funciones semióticas dentro del discurso se atienen a otros códigos, se pegan al discurso mayor en el que funcionan ya a partir de imágenes populares, que funcionan consiguientemente en la cultura popular, ya por medio de recursos acústicos, como los anteriores. Por tanto, si bien por lo general este tipo de refranes son de tipo acústico y corresponden a la concepción barroca del "sonido estupendo"[19], los hay también que descansan en un sistema de figuración emblemática, o que son connativos desde el punto de vista de la enunciación por vías distintas de la exclamatividad pura. Por ejemplo mediante la connación interrogativa. Por lo demás, la función de ornato no es rara en otras tradiciones paremiológicas: cuando Erasmo recoge sus apotegmas la principal función que les asigna es esa, la del ornato. Lo mismo hace Alfonso Reyes en "De los proverbios y sentencias vulgares"[20] donde sentencia que "los refranes son manifestaciones estéticas"[21]. Este tipo de asuntos viene a poner de relieve con su recreación novelada del refranero de occidente.

Si como ya se sabe a partir de la pragmática paremiológica los refranes son discursivamente textos parásitos, una de las funciones que pueden desempeñar en el discurso mayor en que se enclavan es precisamente la función de ornato. Esta función ha sido poco estudiada por la

---

[18] Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996, *passim*.

[19] Sobre la expresión "sonido estupendo" como característica del estilo del barroco, puede verse nuestro libro *Estudios sorjuanianos*. Morelia: Instituto Michoacano de Cultura, 1988, p. 69ss.

[20] *Obras Completas*, tomo I. México: FCE, 1957, pp. 163-170.

[21] *Op. cit.*, p. 165ss.

paremiología. A la frecuente pregunta, pues, de ¿por qué alguna expresión gnómica de esta índole se cuenta como refrán? Se podría responder, por tanto, con otra pregunta: ¿por qué no? También se puede responder diciendo que la paremiologicidad de los textos gnómicos que conforman un refranero como el mexicano tiene rangos: el más alto es sí el de los textos entimemáticos, y el más bajo es el de los textos que desempeñan la función de ornato. Todos tienen en el discurso una función argumentativa de índole retórica: son, pues, refranes. El refranero de Yáñez recoge especies de refranes ornato como las siguientes:

¡Ah qué moler de criaturas, parecen personas grandes! (p.210)

¡Ay, madre, qué pan tan duro y yo que ni dientes tengo! (p.230)

¿Como lo menea lo bate? qué sabroso chocolate. (p.326)

¿Para qué comprar la tilma si se le han de hacer agujeros? (p.53)

¿Para qué son las campanas si se asustan del repique?

A este cilantro tan seco le falta su regadita.

Ah qué gente tiene mi amo, y más que le están llegando. (p.139)

Ah qué mi Dios tan charro, que ni las espuelas se quita. (p.104)

Ah qué rechinar de puertas, parece carpintería. (p.52)

Ah, qué bonita trucha para tan cochino charco. (p.58)

Ahí Dios le dará lo suyo para no desear lo ajeno. (p.329)

Ahora sí violín de rancho, ya te agarró un profesor. (p.61)

A todo lo llaman cena, aunque sea taco de sal. (p.232)

Adelante con la cruz, que se lleva el diablo al muerto. (pp.80, 288, 331)

Ánimas que salga el sol pa saber cómo amanece. (p.206)

Con amor y aguardiente nada se siente. (p.256)

Con cuidado que aquí hay lumbre, no se vayan a quemar. (p.328)

Con qué chiflas, desmolao, si no tienes instrumento. (p.256)

Con tiento, santos varones, que el Cristo está apolillado. (p.206)

Contigo la milpa es rancho, y el atole champurrado. (p.62)

Cuando el temporal es bueno hasta los vaqueros paren. (p.242)

Cuando yo tenía dinero me llamaban don Tomás, y ahora que no lo tengo me llamo Tomás nomás. (p.173)

Cuánto me gusta lo negro más que me asuste el difunto. (p.320)

Dale vuelo al bandolón, aprovecha la tocada. (p.314)

La vida me quitarán, pero la querencia ¿cuándo? (p.128)

Les gusta la manta fiada, aunque se las den a real. (p.280)

Libre Dios nuestros panales de esos que no comen miel. (p.128)

No se asusten, palomitas, pichones ando buscando. (p.295)

Pa los toros del Tecuán los caballos de allá mesmo. (p.199)

Para amores que se alejan, busca amores que se acercan. (p.311)

Para qué son tantos brincos estando parejo el llano. (p.51)

Ya te conozco, campana: no te vuelvo a repicar. (p.205)

